

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.



CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—
Dios y seis años, poesía, por Antonio F. Grilo.—
El Stabat Mater, por Enrique Murgier.—
Leontina, por Matilde Bourdon.—
Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

El sentimiento es un sol que todo lo irradia, que todo lo esclarece, y á su luz esplendorosa descubrimos hasta los más recónditos pliegues de la sombra: el saber es un faro, que describe solo un pequeño círculo á su alrededor, dejando todo lo demás sumido en las tinieblas. Es un faro que titila, una guía incierta, que ya aparece, ya se apaga, y que puede muy bien conducir al precipicio al naufrago, que fia su única salvación en su resplandor inconstante.

Ante todo seamos buenas; luego seamos

instruidas. Nosotras, loado sea Dios, no hemos de sostener brillantes tesis en las cátedras; no hemos de hacer rudas oposiciones para obtener las borlas del doctorado; no hemos de mandar ejércitos ni gobernar naciones; nosotras hemos de hacer otra cosa más grata, y mucho más grande, mucho más noble que todo esto; hemos de hacer hombres honrados, hemos de sembrar por doquiera las semillas de la moral y la virtud para regenerar el universo.

¿Qué te parece de este extraño raciocinio, Julia? Yo creo que la abuela tiene razón.

XVII.

No hay plazo que no se cumpla, Julia mia, y al entrar con la abuela en su aposento, pude conseguir que acabase la relación que me hacia sobre el empleo del tiempo.

—Después que he concluido mi inspección, dijo, vengo aquí: pongo en limpio en este gran libro, que es el de ingresos, las diferentes partidas que he anotado y hago suma parcial.

En este otro libro que es de gastos, pongo

las cuentas de los proveedores, que Susana me entrega puntualmente todas las noches, y de los diferentes gastos que han ocurrido durante el día anterior, y las sumo del mismo modo.

El sábado de cada semana sumo todas estas partidas y pongo el total de gastos é ingresos en este otro libro, y entónces, examinando lo que tengo en caja, establezco mi balance.

Lo mismo hago al fin de cada mes y luego al fin de cada año, de modo que apenas me cuesta ningun trabajo.

—Pero si el dinero está gastado ¿que importa saber en qué?

—Importa, porque de este modo me es fácil echar de ver los gastos que han sido inútiles é innecesarios, la economía que hubiera podido hacerse en ciertos artículos, las ventajas que se pueden sacar de hacer las compras de este ó del otro modo: es decir por mayor ó por menor, segun sean los resultados.

Además los gastos de todos los meses, segun las estaciones, no son iguales, y no disponiendo más que de una cantidad fija é invariable para todo el año, me es preciso pensar en equilibrarlos, ahorrando en los unos lo que gasto más en los otros.

—Una cantidad fija é invariable! exclamé yo sorprendida; ¿pero es esto acaso posible?

A veces se ocurren mil gastos imprevistos, mil caprichos del momento...

—Una ama de casa no debe tener nunca jamás caprichos.

—Pero cuando se posee un haber regular...

—Pronto se dejaría de poseerlo, Enriqueta.

—Pero quien puede impedir que sobrevengan enfermedades, propias ó ajenas, las desgracias...

—Pues para eso están precisamente reservadas las economías. Guardando todos los años una parte de tu haber en el tiempo normal, cuando ocurra un suceso de esa naturaleza, te hallarás en el caso de ceder á los impulsos de tu corazón, gastando sin contar ni apenarte por lo que gastes, porque no hay desgracias que no aminore en parte la idea de tener el dinero necesario para hacer frente á ellas.

Para esto, voy á decirte como procedería yo en la distribucion de mi renta. Supongamos que ascendiese á veinte mil reales. Haría de ellos cuatro partes iguales: la una la destinaria á economías, la otra al alquiler de la casa, si tuviera que pagarlo, remuneraciones de criados y gastos extraordinarios é imprevistos: la tercera á objetos de vestir, ropa blanca y renovacion de la parte de mueblaje, que estuviera en mal uso; y la cuarta al gasto diario de la mesa. Si en la segunda y en la tercera seccion hiciese, como es de suponer, alguna economía, destinaria esta suma, la mitad á proporcionar diversiones y placeres á mi familia, la otra mitad á obras de beneficencia.

Esto se entiende siempre que la cantidad consagrada a los gastos de la mesa sea suficiente para proporcionar á la familia un alimento sano y abundante, pues de lo contrario, haría dos mitades de la destinada á economías, y aplicaría una de estas dos mitades á la manutencion.

La economía, nunca jamás debe entenderse por lo que respecta á las absolutas necesidades de la vida. La economía que cercena el alimento preciso, sobre ser criminal es estúpida, porque sin esto no hay salud, y sin salud, no solo no se puede trabajar, sino que lo que se ahorra se tiene luego que gastar en médico y en botica. La salud es un capital precioso, que hasta por economía debemos conservar cuidadosamente, porque no se pueden tener hijos robustos y aptos para los estudios si se les escatima la subsistencia, ni es justo exigir que los criados trabajen si están mal alimentados.

Así, pues, hay ciertos gastos sobre los cuales ni siquiera se debe pensar en economizar, como supongamos, el pan, la carne, los garbanzos, etc., y en otro orden de cosas, las camisas, las sábanas, las toallas, en una palabra, todo lo que sea preciso é indispensable.

Pero una cosa es una comida sustanciosa y abundante, y otra cosa son los caprichos. Acostúmbrate, y acostumbra á toda tu familia, á que se contente con manjares sencillos; y para que al apetito se los haga parecer delicio-

sos, acostúmbrales también á que no tomen nada entre comida y comida. ¿No es preferible un cocido sazonado y abundante á un pollo, que repartido entre todos, los deja con el estómago lleno de ilusiones?

Algunos, entienden tan mal la economía, á mi parecer, que en vez de una libra de carne, que les permite su haber, compran una perdiz, y luego para equilibrar el gasto, escatiman los ingredientes necesarios á su aderezo, y la infeliz avecilla sale á la mesa avergonzada, sin sustancia y sin sabor. Pues bien, yo prefiero un plato de sopas ó de patatas bien condimentadas, á los manjares mas delicados sin este requisito.

(Continuará.)

Ángela Grassi.

DIEZ Y SEIS AÑOS.

Si yo tuviera los mil rumores
que el manso viento deja en las flores;
Si yo pudiera, Laura, imitar
lo que la brisa dice á la mar,
lo que á la fuente las azucenas,
lo que las olas á las arenas;
si yo tuviera, cándida Laura,
la voz del cisne, la voz del aura,
con cuánto anhelo te mandaría
los pobres ecos del alma mia,
hoy que entre dulce placer profundo,
sin amarguras ni desengaños,
llenos de flores te ofrece el mundo
diez y seis años!

¡Diez y seis años! la vida
con su matiz más risueño;
el cielo, el eden, el sueño
de nuestra infancia querida;

el piélago celestial
donde abogando te ves;
el mundo visto á través
de un sonrosado cristal.

Edad que tu mente pinta
con encantador hechizo
en los adornos de un rizo,

de una flor ó de una cinta.

Edad risueña y galana,
que suele, niña, correr
sin recordar el ayer
ni pensar en el mañana.

Edad que en limpio reflejo
la contemplas, por fortuna,
á los rayos de la luna...
de la luna de tu espejo.

Años que con dulce afán
tu vírgen alma entretienen;
alegres cuando se vienen
y tristes cuando se van.

Laura querida,
rosa de Mayo,
lirio del valle,
huerto sagrado,
nube de aromas,
sol sin ocaso,
que iluminas, al fin, las llanuras
de nuestros campos.

Cual mariposa
que en vuelo rápido
tiende sus alas
del lirio al nardo,
así atraviesas,
llena de encantos,
al eden que te fingen tus bellos
diez y seis años.

¡Ay, quién pudiera,
niña, pararlos;
hacer eternos
tus sueños cándidos;
detener siempre
su vuelo rando,
como Dios que detuvo entre arenas
al Océano!

Brillan tus ojos
como dos astros;
dulces sonrisas
bordan tus labios;
sin que risueña
pienses, acaso,
que las risas nos cuestan más tarde
mares de llanto.

Mundos de rosa,
sueños dorados,
encantadores
diez y seis años!

cuán peregrinos
van resbalando
y cuán triste es decir al perderlos
¡ay! ya pasaron!

Por eso, Laura,
Con pena exclamo:
¡Ay, quién pudiera,
niña, pararlos,
y haciendo eternos
tus sueños cándidos
detenerlos cual Dios á las olas
del Océano.

ANTONIO F. GRILO.

EL STABAT MATER

POR

ENRIQUE MURGER.

(Conclusion.)

Concluido el santo oficio, terminó la música, y la multitud empezaba á salir. Bautista, siempre apoyado contra el pilar, de pié é inmovil como una estatua, escuchaba todavia, y fué preciso que Pedro le tirara vivamente del brazo para que él se apercibiera de que se habian quedado solos, y que era tiempo de volver á Cazorla.

Bautista salió por fin de su arrobamiento, y siguió á su amigo; pero al salir de la iglesia, sintió un escalofrío que le hizo estremecer de piés á cabeza.

—Tengo frío,—dijo con una voz débil.

—Vamos á correr y esto te producirá calor.

—No puedo dar un paso, deja que me siente un poco en el mármol del suelo.

Y se sentó, pero los escalofríos se sucedían unos á otros; sus dientes chocaban entre sí con violencia, en una palabra, su fisonomía se puso en un instante tan pálida y demacrada, que Pedro asustado se decidió á pedir socorro á las pocas personas que aun salían de la iglesia.

En un momento se reunió un gran corro de personas, entre las cuales habia algunas que se disputaban el derecho de llevarse á Bautista á su casa para aplicarle los cuidados necesarios, cuando un hombre, atraído por la curiosidad, miró por encima de la multitud, y al divisar á Pedro, se hizo paso no muy suavemente y agarrándole por una oreja, le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Era el padre de Pedro que habia reconocido á su hijo y preludiaba con aquel tirón de orejas el castigo paternal.

El pobre muchacho, doblemente asustado, no creyó el momento oportuno para dar detalles sobre su escapa-

toria; pero indicó con la mano á Bautista sentado en el suelo y pálido como un cadáver.

—Padre mío,—esclamó Pedro,—socorre á Bautista que va á morir.

—Calla, ¡es verdad!—dijo el padre;—el sobrino de mi vecina. Aguárdame aquí un momento, Pedro.

Y se alejó para volver á los pocos minutos con su carri-coche. Hizo subir á los dos niños, castigó al caballo y, tomó al trote largo el camino á Casoria.

El mismo día por la tarde estaba Bautista acostado en el mismo lecho de que se habia escapado por la mañana. A su cabecera estaba sentada su tia, alarmadas que escuchaba con atencion al médico.

—Señora, esta enfermedad será mas peligrosa que la primera, la imprudencia de vuestro sobrino le ha traído una violenta pleuresia nada menos. Necesitamos grandes cuidados para salvarle. Pero escuchemos lo que dice.

Bautista deliraba, hablando alto y en palabras entrecortadas. Su tia y el médico, inclinados sobre el lecho, le oían murmurar tambien una especie de canto cuyos motivos solo eran interrumpidos por esta exclamacion muchas veces repetida.

—¡Dios mío, qué bueno es esto!

Era evidente que se referia á la música de Palestrina que habia oído en Nápoles á la misa de este célebre maestro que se habia ejecutado en la funcion religiosa.

Un día el Corregio, cuando era niño, estasiado ante un cuadro de Rafael, dijo:

—Y yo también seré pintor.

De la misma manera, Bautista, que nombraremos Pergolese, se habia dicho ó se habia podido decir.

Y yo también seré músico,

II.

Quince años mas tarde, en una hermosa noche del mes de abril y en esta misma habitacion donde estuvo á punto de morir víctima de una imprudencia, Gio Bautista Pergolese estaba sentado delante de un clavicordio que hacia resonar bajo sus dedos. Diferentes veces se interrumpia en medio de un motivo y golpeaba el suelo con un cierto aire de impaciencia como un hombre que no encuentra lo que busca. En una palabra, estaba componiendo.

La voz secreta que le habia dicho en la iglesia de Nápoles que sería músico, no habia mentido. Salvado milagrosamente de su enfermedad, un día que sus parientes le preguntaron la carrera que queria seguir contestó sencillamente.

—Quiero ser músico.

Tratóse de combatir su vocacion, pero el niño persistió con tanta terquedad, que la familia hubo de ceder, y á los trece años ingresó en el conservatorio de los niños pobres de la ciudad de Nápoles. La naturaleza le habia dotado de una cosa que no se puede adquirir si ella la niega el génio. Sus progresos fueron muy rápidos, y bien pronto Bautista pudo abandonar el conservatorio para ir á perfeccionarse tomando lecciones de los maestros célebres, distribuidos por Italia.

A los veintinueve años se representó en Roma su primera ópera que solo obtuvo un mediano éxito, pero que sin embargo encerraba las bellezas de primer orden. Se dedicó al estudio con mucho ardor y *La Olimpiada* obtuvo un éxito extraordinario. El nombre de Pergolese

fué bien pronto conocido y hasta popular en toda Italia. Sus composiciones religiosas agradaban de tal manera al Papa que un día hizo llamar al músico al Vaticano y le encargó un «Stabat Mater» para el Viernes Santo.

Pergolese pidió tres meses de término y se fué á trabajar á la misma casa que habitó en la niñez y que pertenecía á su prima Maria, casada hacia mucho tiempo. Pero la época en que debía entregar el «Stabat Mater» se aproximaba á pasos agigantados, sin que hubiera escrito una sola nota, porque todo lo que hacia lo iba rompiendo, considerándolo inferior á la altura de su nombre. A la hora en que le encontramos sentado al clavicordio, no habia mas que ver su frente, que reflejaba el pálido brillo de una lámpara suspendida del techo, para adivinar todo ó el ánimo, perseverancia y firme voluntad que habia consagrado al abyecto.

Pergolese no tenia mas que treinta y tres años, y sin embargo, su frente se veia surcada por algunas precoces arrugas, y su cuerpo generalmente arqueado. Los trabajos continuos y el estudio le han envejecido antes de tiempo.

—No,—decia paseándose con agitacion por el cuarto. A esta música le falta expresion, es demasiado brillante, y yo necesito una especie de sencillez que conmueva.

Y se sentó de nuevo al clavicordio para ejecutar un nuevo motivo que se acompañaba, murmurando por lo bajo «Stabat Mater dolorosa.»

Frio, siempre frio, —gritó de nuevo golpeando con violencia el instrumento. —¿Qué hacer? Dentro de ocho dias es el Viernes Santo; si para entonces no he compuesto mi obra, ¿qué dirá nuestro Santo Padre? ¿cómo presentarme en Roma? ¡Y qué triunfo para nuestros rivales!... ¡Oh! no, no quiero darles el placer de divulgar por todas partes que no he sabido cumplir mi promesa: manos á la obra; mi reputacion pende de esta música.

Y se puso al clavicordio con mas ardor. En un momento de inspiracion creyó haber encontrado un hermoso motivo, y elevado por el fuego de la composicion se puso á cantar en alta voz. Despues como un hombre que se acuerda de una cosa importante, se detuvo y exclamó.

—Pero ¿que hago? olvido que el hijo de Maria está en fermo y voy á despertarle con mis gritos.

Y se puso á cantar más bajo; pero se detuvo de nuevo y dijo cerrando el clavicordio:

—No, no es esto, es preciso lágrimas y no sonidos.

¡Rafaél! ¡Rubens! ¡Miguel-Angel! — exclama; —¿cómo habeis hecho para pintar con tal verdad el sublime dolor de la Virgen, llorando su hijo crucificado? ¿Cómo habeis hecho para presentar tan verdadera tan conmovedora, tan terrible esta escena de desolacion maternal? ¿De dónde habeis tomado aquella desesperacion? ¿Dónde habeis encontrado aquellas lágrimas? ¡Maestros, vosotros habeis pintado el *Stabat Mater*, y yo no puedo cantar! ¿Dónde encontraré yo cuatro notas que hagan llorar á los que las oigan, como el dolor de la Virgen hace llorar á los que admiran vuestros cuadros? ¡Oh inspiracion sublime no quieress bajar hasta mí!

Dijo, y se puso á leer en alta voz el himno del *Stabat* como si tratara de penetrarse bien de las palabras. Despues de haber acabado la lectura meditó un instante y ya iba á ponerse á componer cuando oyó pasos en la escalera, y una voz que decia:

—¡Bautista, Bautista, baja pronto, mi hija se muere!

Pergolese no contestó: pero siguió tristemente al desgraciado padre. Cuando llegó junto á la cuna de la ni-

ña una sola cosa le llamó la atencion: su prime Maria, que se habia arrojado á los piés del médico diciéndole con una voz seca y breve, donde se revelaba exactamente toda la inquietud material.

—¿No es verdad que la salvareis? ¿no es verdad que vivirá?

El médico movió tristemente la cabeza, ó inclinándose al oido de Pergolese, le dijo estas palabras:

—Todas las madres son así, no comprenden que sus hijos puedan morir. Esta niña no tiene ya diez minutos de vida.

Maria habia tomado el gesto del médico por un signo de esperanza, y casi con una sonrisa se acercó á la cama; pero cuando sus lábios tocaron la frente de su hija estaba fria, acababa de morir.

La madre dió un grito y cayó al suelo sin sentido. El médico le prodigó algunos socorros para hacerla volver de su desvanecimiento; poco á poco volvió en efecto, y aproximándose á la cuna tomó entre las suyas las manos de la niña como si quisiera calentarlas. El médico consolaba al padre, que lloraba en un rincón. Pergolese no decia nada, pero tenia el corazón oprimido y no separaba sus tristes miradas de Maria.

De repente, ésta que, como habia dicho el médico, no podia creer en la muerte de su hija se cercioró de su inmensa desgracia al ver ya acardenalados los ojos de la niña y al sentir sus pequeños dedos completamente helados.

—Hija mia, hija mia,—gritaba dando rienda suelta á sus lágrimas.

Y el dolor de la pobre madre se hizo tan delirante, que el médico no creyó prudente dejarla mas tiempo en aquella habitacion, y trató de arrancarla de la cuna de su hija. En vano fué el intento. Con tal fuerza se habia agarrado que fué preciso dejarla para acudir á consolar al padre, doblemente afligido como padre y como esposo.

Pergolese estaba inmóvil, solamente que sus ojos, húmedos todavia por las lágrimas, brillaban de una manera extraordinaria. Despues de haber observado tristemente esta escena dolorosa, en la que todos los sollozos de la madre desolada encontraban eco en su corazón, su emocion llegó á ser tan violenta, que recibió en sumo grado lo que pedía una hora antes: la inspiracion. Y como sucede casi siempre, la inspiracion habia sofocado el sentimiento que la habia hecho nacer. Pergolese habia enmudecido su dolor para no perder nada de lo que hablaba tan alto á sus ojos y á su corazón. Aquella habitacion se habia convertido para él en el Calvario donde Maria sollozando sobre la cuna de su hijo, era la Virgen regando con sus lágrimas el cuerpo mutilado del Salvador, tendido sobre la Cruz.

El *Stabat Mater* estaba todo entero ante sus ojos, y lo observaba con avidéz para recogerlo bien y guardarlo en su alma. En una palabra, el artista habia reemplazado al hombre. Como su presencia era inútil en este instante, aprovechó un momento en que Maria se habia calmado un poco, para subir á su habitacion. Púsose en seguida al clavicordio, la inspiracion bullía en su cerebro; pero en el momento de poner los dedos sobre las teclas, un nuevo grito de la madre desconsolada llegó á su oido.

—¡Oh, no!—dijo levantándose.—Aquí no; eso seria una profanacion, ¡Pobre Maria! ¡Pobre niña! Estas no eran las lágrimas que me hacian falta. Y tomando un violoncello debajo del brazo descendió al jardín y fué á colocarse debajo de un árbol, á bastante distancia de la

casa. Allí, en medio de una noche serena, bajo un cielo estrellado y teniendo delante de los ojos en el horizonte el golfo de Nápoles y la negra silueta del Vesubio, se puso á componer.

El viento de la noche llevaba los sollozos de María hasta el sitio en que Pergolese, con el fuego de la inspiración en la frente, hacia llorar las cuerdas del violoncello bajo el arco.

Cuando terminó la primera estrofa del himno doloroso la cantó bajito para conocer el efecto. Algunos vecinos que supieron la muerte de la niña, al escuchar aquel canto aseguraron que era la voz de los ángeles que venían á buscar el alma de la niña para llevársela al cielo.

A la media noche Pergolese se vió obligado á suspender su obra; el frío se había apoderado de él hasta el punto de que sus dedos se negaban á sostener el arco.

—Concluiré mañana,—dijo.

Y se dirigió hacia la casa. Al pasar por delante de la habitación mortuoria hizo el signo de la cruz diciendo:

—¡Pobre madre!... ¡pobre niña!

De regreso en su habitación se puso á trascribir sobre el papel la música que acababa de componer, á pesar de los escalofríos que le daban. Aun tardó un buen rato en concluir su trabajo y se acostó diciendo:

—Mi prima me perdonará que no haya bajado á consolarla. Por otra parte, ¿de qué les servirían mis consuelos? su desesperación la impediría oírme.

Y se durmió murmurando por lo bajo:

—*Stabat Mater dolorosa.*

III.

A los tres días de enterrado el cadáver de la hija de María, se abrió la tumba de Pergolese. El frío de la noche que recibió mientras trabajaba al aire libre, le ocasionó una pleuresía como la que había tenido veinte años antes. Murió dando la última mano á una obra que la muerte la había inspirado.

El viernes Santo de la semana siguiente, el *Stabat Mater* de Pergolese se ejecutó en la capilla Sixtina de la iglesia de San Pedro en Roma.

FIN.

LEONTINA,

POR

MATILDE BOURDON.

*Estando Jesús con vosotros,
ningún enemigo podrá dañaros.*

Estas hermosas palabras del autor de la *Imitación* pudieran servir de título á la presente obrita, porque reflejan fiel y concisamente su objeto y el pensamiento que en ella domina. Sin la religión el alma arrojada

al mundo tropieza en cualquier obstáculo, se lastima á cada paso. Engañada con falsas ilusiones, marcha de peligro en peligro, de emboscada en emboscada, se enreda entre los lazos que tiende la pasión en torno suyo y pierde en poco tiempo su pureza, su paz, su libertad. Con la fe, con Jesús, el sér más débil triunfa de las pasiones y de los trabajos de esta vida, viendo desde lo alto los mezquinos placeres con que se embriagan unos, los efímeros contratiempos con que se abaten otros. Quien sigue á Jesús todo lo soporta, todo lo penetra, pues se apoya en la misma fortaleza, y tiene por guía á Aquel que ha dicho: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.»

Esta obrita está dedicada á aquellas jóvenes que tienen que vivir en el mundo, para que aprendan á conservar el depósito de la fe que se halla en su corazón; á no vacilar ante el sarcasmo de esa turba de incrédulos quienes, aun entre sus mofas, tan poco seguros están de lo que dicen. Nuestro objeto es también persuadirles de que no teniendo á Jesús consigo mediante una fe viva y por consiguiente práctica, todo serían peligros en las máximas del mundo, en los pasatiempos del mundo, en las relaciones del mundo. ¡Ay de ellas entonces! La perla preciosa de su alma bien pronto quedaría empeñada por esta atmósfera corruptora. Con la antorcha de la fe descubrirán la vanidad pueril de los placeres, desecharán, armadas de fortaleza y sencillez, los sofismas de la impiedad y las perniciosas sugerencias de su propio corazón.

LEONTINA.

I.

La tia anciana.

—Estamos solas... Hablemos á nuestras anchas, querida.

Al decir estas palabras una anciana á quien conoceremos con el nombre de Sra. Delangle, se acomodó en su poltrona, empujó bajo los pies de su sobrina un almohadon de tapiz, alzó sus lentes y clavó sus ojos negros, penetrantes y apacibles aún, en el rostro de una joven que estaba sentada al otro lado de la chimenea.

Esta cara hermosa y algo sonrosada se ocultaba por mitad detrás de un pequeño abanico que la resguardaba directamente del calor, y no dejaba ver más que una frente espaciosa, blanca, de una pureza ideal, y cuyo bello contorno estaba marcado por una doble onda de cabellos de color pardo intenso, los cuales, trenzados como los de las reinas de la raza primitiva, descendían hasta las mejillas para volver á subir huyendo en dirección opuesta. Quiera hubiese podido ba-

jar el abanico, habria visto unas largas y finas cejas encima dos grandes ojos azules muy abiertos y claros, una linda nariz de forma recta, una boca un poco grande, pero de una frescura purpurina, unas tiernas mejillas color de rosa, y finalmente una cabeza encantadora, radiante de gracia, de juventud y de inocencia.

Acaso el observador hubiera hallado en el contraste de los ojos azules con el color de la cabellera y con la movilidad de sus brazos sinuosos los indicios de un carácter voluble y apasionado; pero la expresion de bondad y de franqueza que dominaba en la fisonomía, le habrian tranquilizado, diciendo para sí al contemplar aquel sér que entraba en la carrera de la vida:—¡Magnífico augurio!

En aquellos momentos la situacion de esta jóven era objeto de la más tierna solicitud por parte de su anciana tia. Semejante á un piloto experimentado que ha navegado mucho, y cuyos ojos familiarizados con los escollos, las rocas, la inconstancia de los vientos y las olas, miran compasivas el hermoso navío que sale del puerto por primera vez, nuevo, brillante y engalanado; la Sra. Delangle, en medio de la calma de la vejez, entre los recuerdos de un pasado sin remordimientos y la esperanza de las eternas y próximas recompensas, estaba contemplando con alegría y temor á la vez aquella jóven inexperta y confiada que sonreía á la vida, y emprendia el camino del mundo sin conocer los trabajos y peligros de que está erizado.

—Con que, hija mia, ¿vas á casarte?

—Sí, tia; ¿se lo ha escrito á V. mamá?

—Sí, querida.

—¡Ah! Ya me lo habia dicho, y hoy mismo antes de salir de Versalles acompañada de nuestra buena Mariana, me ha encargado mucho que se lo contara á V. todo, sin olvidar el menor detalle...

—Así ha de ser, hijita; es mi derecho de madrina. Como ves, he hecho salir toda la gente: tu Mariana y mi Sofía están conversando juntas, y no nos estorbarán; la puerta está cerrada, estamos solas y podemos hablar.

Me alegro de ello, tia. Nada me gusta tanto como hablar con V.

—Bueno, hija; tú te casas, ¿pero con quién?

—Ya se lo ha dicho mamá: con el Sr. René Rymbault; ¿no os parece un nombre bonito? ¡Estas dos RR hacen tan buen efecto!

—¡Vaya en gracia! ¿Tiene alguna carrera mi futuro sobrino?

—Sí, tia: es jefe de negociado en el Ministerio de Hacienda, y además posee una bonita fortuna.

—Ya veo que respecto á intereses y posicion es lo que se llama un buen partido. En cuanto á figura nada tengo que decirte; no es necesario que un hombre sea hermoso. Pero... ¿su talento, su carácter?

—Soy de parecer que René tiene bastante talento; es divertido, y mire V., tia, nunca hubiera creído que un hombre que está haciendo cálculos todo el día pueda ser tan jovial... A mí, en el colegio, una suma me daba dolor de cabeza. Por lo que hace á carácter, parece muy amable; Papá y mamá le quieren mucho.

La señora Delangle se sonrió, meneó la cabeza, luego su fisonomía tomó una expresion más seria.

—Mi buena Leontina, dijo, espero que no te equivocarás; pero hay una cosa más esencial todavia: son los principios. Dime, ¿tu novio tiene religion?

Leontina se sonrojó y echó á reir.

—¡Ay! tia, ¿por ventura tienen alguna los jóvenes de ahora?

—Otra cosa; ¿crees que ha recibido una educacion cristiana?

—Ha sido educado en el colegio, y ya que usted me lo pregunta, como no sé mentir, le diré que no creo sea muy devoto... Un día oí como se chanceaba con mi prima Teresa, porque ésta decía que no se atrevia á leer los libros prohibidos por su confesor: además... no estoy muy cierta de si va á Misa...; pero ya haré yo que tome buenas costumbres... voy á regalarle un libro de devocion, y entonces tendrá que servirse de él, y si no lo hace dirá por qué.

—¡Pobre niña! exclamó la Sra. Delangle con amargura. ¡Qué tarea tan ruda te habrás impuesto!

—¿Me compadece V., tia? preguntó Leontina no sin cierta inquietud; yo no estoy descontenta.

—Hija mia, toda tu vida estarás metida en una fatal alternativa.

—¿Cuál, tia?

—Una de dos, O te olvidarás de Dios, abandonando tus deberes religiosos, y descuidando el negocio de tu salvacion. «la única cosa necesaria», como dice el Señor; ó bien, si conservas la fe, sufrirás crueles angustias viendo á tu marido, objeto exclusivo de tu amor, privado del verdadero consuelo y sosten, caminando ciegamente hácia un terrible principio.

—En verdad, tia, contesté la jóven pensativa.

Después de permanecer algunos momentos silenciosa repuso, pero en tono menos decidido, y con menos conviccion que antes:

—Pues, tia, ¿no podria yo inducirle á mejor

conducta? Si yo se lo ruego, no dejará de asistir á Misa conmigo; le obligaré á leer libros buenos...

—¿Crees tú que esto es cosa fácil, pobrecita mia? ¿No ves que el orgullo del hombre, la idea que tiene superioridad, la desconfianza que le inspira el aschdiente de una mujer; todo se opone á ceder á semejante propaganda, aunque sea hecha con la mayor amabilidad? Tú en el mundo habrás oído hablar de mujeres que han convertido á sus maridos; pero ¿sabes cuánta paciencia, cuántos esfuerzos, cuántas virtudes heroicas y ocultas han sido necesarias á esas mujeres para conseguir este resultado?

—¿Tan difícil es esto, tia?

—Sí, hija; porque primeramente hay que conservar la propia fé, lo cual no siempre es fácil: luego es necesario acreditar esta misma fe, es decir, á fuerza de virtud y de vigilancia sobre si misma, hacerla agradable al marido para que la mire como la fuente de su paz y bienestar. ¿Qué te parece de todo esto?

—Pero, mi buena tia, repuso tímidamente Leontina, muchos hombres honrados pasan la vida sin grandes prácticas de piedad, y sin embargo en los últimos momentos permite Dios que reciban los Sacramentos, y mueran en paz.

—¿Te contentarás con esto? dijo la Sra. Delangle con tristeza. Hija mia, eres joven, y la juventud te fascina: al presente sólo miras la muerte como un punto negro y lejano en el horizonte; pero á medida que vayas entrando en edad, el punto negro se aproximará, el intervalo se irá estrechando, y entonces, enseñada por la experiencia, y desprendiéndote de los bienes caducos de este mundo, irás en busca de Dios, y temblarás al ver á esas personas que amas tan apartadas del verdadero Bien.

—Cómo ha de ser, tia; es difícil volver atrás!

—Per cierto, habiendo como hay compromiso de una y otra parte, y estando al parecer tambien comprometidos los corazones como lo están las palabras: lo que tienes que hacer es cobrar ánimo, guardar tu fe con el mismo cuidado con que se guarda una luz en un sitio expuesto al viento; además ser prudente, amable, candorosa y paciente, á fin de inclinar á tu marido á unas virtudes que deben hacerle dichoso. Ya sabes lo que dice el Evangelio: *por el fruto se conoce el árbol*. Procura, pues, dar frutos sabrosos; ora, ora mucho, ora siempre, y serás escuchada.

Leontina parecia intranquila; su tia para consolarla la acercó hacia sí y la abrazó tiernamente, añadiendo con el tono indulgente de la vejez:

—No quisiera, hija mia, aflijirte; puedes estar segura; pero he creído que en este instante supremo de tu vida no estaria de más un consejo. Tu buen padre, tu buena madre que han educado con gran sollicitud á una familia numerosa, piensan ahora en tu bienestar sobre la tierra; seale permitido á una anciana tia que se dirige á la casa de la eternidad, hacerte pensar en el Señor.

(Continuad.)

CORRESPONDENCIA.

Peñas de San Pedro. Sra. doña E. M., recibidos los 40 rs., queda pagado hasta fin de diciembre del 80.

Alhama. Sr. don P. A. C., recibí los 16 rs., deja abonado hasta fin de junio del 80.

San Fernando. Sra. doña J. R. de V., recibí los 30 rs., dejan abonado su señora madre y V. hasta fin de diciembre del 80.

Palacios de Goda. Sr. don B. A., en nuestro poder los 24 rs., queda pagado hasta fin de abril del 81.

Zaragoza. Sra. doña I. P., con los 12 rs. que envia deja pagado hasta fin de setiembre del 80.

Albatal de Cinca. Sra. doña J. A., recibidos los 16 rs. queda abonado hasta fin de diciembre del 80.

Buenaventura. Sr. don D. P., le remitimos los números que le faltan.

Garachico. Sr. don A. R. L., anotados los 88 rs. queda pagado hasta fin de diciembre de 1879. Le envío los números que pide.

Tolosa. Sra. doña N. A., viuda de E., recibí los 40 rs.

Aguilar. Sr. don L. J. C., recibidos los 24 rs., queda pagado con los 24 rs. que envia su suscripcion hasta fin de junio del 81.

Cádiz. Sra. doña T. de B., le envío los números que pide.

Macide. Sra. doña D. G., en mi poder los 16 rs., queda abonado hasta fin de diciembre del 80. Le remito los números que le faltan.

Santa Maria de Oya. Sr. don M. L., deja abonado hasta fin de junio del 80.

Idem. Sr. don J. A., id, id, id.

Sevilla. Sr. don M. D., con los 6 rs. que envia deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

Osma. Sr. don R. S. D., estamos conformes con su cuenta, deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

Sosa. Sra. doña M. J. R., Recibí las 9 pesetas, anotadas de la manera que indica, deja V. abonado hasta fin de diciembre del 79, y don R. A. hasta el 15 de setiembre del 80. Le remito los números que pide.

San Jose. Sr. don F. P., recibidos los 12 rs. deja abonado hasta fin de diciembre del 79. Le enviamos los números que le faltan del año cuarto.

Villar de Cantos. Sr. don F. M., tiene pagado hasta fin de abril del 81.

Valdescarriel. Sr. don M. C., recibidos los 24 rs.,

(Continuad.)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia.